

HACE TRES años visité en Belgrado el principal centro teatral yugoslavo: el Atelier 213. Su directora, mujer de intensa actividad, había aceptado concederme una entrevista después de dejar muy en claro el poco tiempo de que disponía.

—Es una lástima que no haya llegado diez días antes —pricipió a decirme la directora del Atelier 213—. Acabamos de terminar una reunión internacional donde se analizó muy intensamente la teoría dramática de Grotowsky.

—¿Quién es Grotowsky? —pregunté ingenuamente.

El rostro de mi interlocutora se ensombreció y me contestó secamente:

—En Europa, si no se sabe quién es Grotowsky, no se puede hablar de teatro.

Y efectivamente ahí terminó mi entrevista.

Al volver a Chile, lo primero que hice fue informarme quién era Grotowsky y cuáles sus teorías revolucionarias. Ahora lo sé y hasta podría, si me apuran, dar una conferencia sobre el director polaco.

Volvi a tropezarme con Grotowsky el año pasado en Nueva York. Y a pesar de que las obras experimentales que él dirigía con su personal método, se exhibieron en las mismas fechas en que yo estaba en Nueva York, no intenté siquiera acercarme a la sala donde se iban a presentar. La razón era muy sencilla: Grotowsky no acepta más de 30 espectadores por representación. Con un público mayor sus teorías no funcionan.

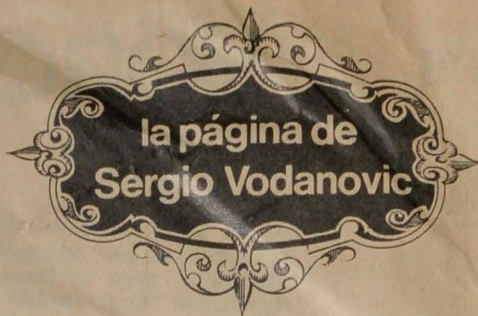
—oOo—

ME volví a acordar de Grotowsky cuando leí recientemente en "Er-cilla" las estadísticas del número de espectadores a las obras teatrales nacionales estrenadas en 1969. Sólo "La Pergola de las Flores",

que por sus especiales características concita el interés de un público que no es estrictamente teatral, alcanza después de 117 funciones, un número de espectadores que apenas dejaría satisfecho, en una sola fecha, a un dirigente de Colo Colo enterándose del borderó del Estadio Nacional cuando juega su equipo.

Del resto, sólo cuatro estrenos se empujan sobre un número de espectadores medios que sobrepasa la centena. Las demás obras fluctúan entre 33 y 100 espectadores por función.

En la sociedad de masa en que vivimos, estas cifras provocan sonrisas despectivas. Ellas no admiten comparación con el número de televidentes que ven un mediocre tele-teatro, carecen de significación comparada con los espectadores del más sórdido y barato western italiano y produce la reacción de gente de teatro, como Jaime Celedón, declaran pública y privadamente que ha terminado su matrimonio con el arte escénico, para entrar de lleno a un fogoso idilio con la coqueta, sofisticada y muy popular televisión. Si hasta da un poco de vergüenza emplear esta página de TELECRAN, escribiendo sobre tea-



teatro y estadísticas



"LA PERGOLA DE LAS FLORES", la obra más taquillera del teatro chileno en 1969.

tro sabiendo ya, estadísticamente, cuán pocos son quienes asisten a una representación dramática.

—oOo—

SI las estadísticas nos sirvieran para determinar el valor absoluto de las actividades y su importancia, no cabría la menor duda de que, después de leer las que al teatro chileno se refieren, todos los que de una manera u otra actuamos en el teatro, debiéramos rápidamente buscar un nuevo giro.

Afortunadamente, no es así. Ellas son un índice inapreciable para los comerciantes que, de ese modo, se enteran a cuántas personas puede llegar el aviso de sus productos. Y hasta ahí llega su importancia. No hay estadísticas que nos digan cuántos han leído —y menos aun cuántos han comprendido— la ley de relatividad de Einstein. Y, sin embargo, Einstein y su teoría han cambiado la faz del mundo.

No sólo en Europa, sino en Estados Unidos, no se puede hablar seriamente del teatro contemporáneo sin estar al tanto de las experiencias y las teorías de Grotowsky. Sin embargo, las producciones de sus obras no sobrepasan a un público de 30 espectadores.

Y no será necesario pedir gran

memoria ni mayor imaginación a nuestros lectores, para que ellos adviertan que las mayores emociones, los mayores agrados, los momentos más trascendentales no fueron compartidos por una masa inmensa de personas, sino por unos pocos seres queridos.

—oOo—

LO lamentable es que parece que estamos viviendo en el reinado de las estadísticas y de sus hermanas menores, las encuestas. Los poderes públicos, generados por un pariente cercano de las estadísticas, el voto popular, sólo tienen ojos para comparar cifras y siguiendo un criterio que para los comerciantes es aceptable, pero que en los gobernantes es desastroso, legislan y actúan de acuerdo a los signos indicadores de un mayor consumo. No de otra manera se explica que se legisle y se inviertan grandes sumas de escudos y de dólares en la televisión y que ya contemos con una necesaria ley de protección del deporte, pero que se carezca de una elemental legislación que estimule la creatividad del arte.

Y si alguien se queja... ¡le muestren las estadísticas! ■